

## Una vida entre carreras

*Paola Andrea Valencia'*

Iba manejando normal, por la 32, como por el Jardín, cuando una muchacha me hizo la parada. La recogí y estaba llorando. Le pregunté qué le pasaba, por qué lloraba. Me dijo que había peleado con el novio y la había dejado. En el camino seguimos conversando y yo iba dándole consejos. Me contó que ella lo había pillado con otra muchacha. Entonces le dije que no fuera bobita, que tan bonita, tan hermosa que era y peleando por un hombre. Ella me decía que lo quería mucho y estaba muy tragada. Le dije que había más hombres y que tenía que salir adelante. Y así, íbamos charlando. Le pregunté dónde vivía, por la familia y otras cosas, hasta que llegamos a la casa. Me dijo que yo charlaba muy bonito, que la trataba muy bien. Y agregó: "¿Sabe qué...?, pues le voy a dar veinte lucas para que usted esté conmigo una hora". Yo le dije: "Mami, no, que pena con usted, yo charlo sin ningún interés de nada". Me dijo: "Tranquilo!"; y nos fuimos a una panadería a charlar. Me gastó todo, nos tomamos unas Pony Malts, se desahogó y ni más la volví a ver.

Así es este trabajo, uno recoge a las personas en cualquier calle y las lleva donde necesiten. Uno es amable y las lleva, algunos dicen "buenas tardes" y "hasta luego". Otros se suben de mal genio y ni siquiera dicen "por favor". A uno le toca recoger personas distintas todos los días. Una vez me tocó un viejito que era feliz y me aplaudía porque andaba rápido. Y no falta el nervioso que se asusta porque uno corre. Y otras me la hacen: una noche recogí a cuatro pelados en Cañaverales para que los llevara al Vallado. Me hicieron meter por un callejoncito, abrieron las puertas y se volaron. Pero uno no siempre está de malas, y no se desaprovecha la oportunidad. El otro día se subieron dos manes al carro y después de dejarlos en el destino, seguí mi camino. Luego de un buen rato volteé a mirar para atrás y vi una

---

1 Cali, 1981. Estudiante de Economía y Negocios Internacionales, Universidad Icesi, Cali.

billetera, la cogí y tenía trescientos mil pesos. Me puse feliz. Hice lavar el carro, cuadré las entregas que tenía atrasadas y me fui a tomar. y hay momentos en que las oportunidades hay que crearlas: recogí a una pareja, me pidieron que los llevara a Kiss me. Me pagaron con un billete de veinte.

Lo cogí y lo puse en el asiento de al lado y les pregunté si tenían más sencillo. Me pasaron un billete de cinco, les di la devuelta de ese billete y me fui. Con eso terminé de cuadrar la entrega.

\*\*\*

Cualquier persona diría que este trabajo es muy fácil. Los muchachos, mis sobrinos, dicen que me la gano muy suave manejando todo el día, pero no. Como todo trabajo es cansón. Siempre tiene su estrés. Las motos, las ciclas, los mismos pasajeros, el tráfico, los trancones. Sin embargo, es a lo que me acostumbé desde pequeño. Comencé a trabajar y a mí poco me gustaba el estudio.

Así empezó a gustarme la plata.

Mi hermano era repartidor de pan de una panadería. Llegó a la casa un domingo y me preguntó si quería trabajar. Me sonó la idea y le dije que ensayáramos. Me gustó y ahí me quedé. Yo estaba estudiando y a medida que fue pasando el tiempo, más me gustó la plata y dejé el estudio por completo. Empecé como empacador de pan. Teníamos que llegar a las siete de la noche y empacar hasta las tres de la mañana para despacharles los pedidos a los repartidores. A veces, también me tocaba armar las chuspas, atender la caja, cilindrar y lo que me tocara hacer. En esa panadería trabajé como cinco años hasta que mi hermano me dijo que si quería aprender a manejar carro. "Listo", le dije. En ese entonces mi papá tenía un Dacia. Me llevaron a trabajar con ellos, repartiendo pan, y viendo todo lo que hacían fue que aprendí a manejar sin necesidad de escuela. Duré como un año y medio trabajando con mi papá. Después mi hermano consiguió un taxi y me volvió a decir que si quería trabajar con él. Y ahí me fui a manejar taxi.

El primer día fue tenaz, yo sudaba petróleo. Fue horrible porque no conocía nada de la ciudad, de la gente, las direcciones, cuál era la vía, la contravía. Y uno se lanza así, a la brava. Mi hermano me

dijo: "Vaya que nadie nace aprendido. Vaya, defiéndase como pueda". Terminé el día contento porque había hecho buena plata. A este trabajo siempre hay que meterle motivación para que le vaya bien a uno. Cada vez que se monta algún pasajero, lo primero que pienso es que la carrera sea larga, o que sea para el aeropuerto. Y, así, se levanta más billetico.

A mí siempre me ha gustado trabajar solo. En las compañías hay mucha guerra por una carrera. Piden un servicio y al momento llegan tres o cuatro taxis, y el que primero llegue, ese es, y para irse uno matando por la calle, no. A mí no me gusta eso. En el tiempo que llevo manejando taxi nunca me ha gustado tener frecuencia.

Lo único bueno de eso es que en caso de alguna varada o un accidente, uno puede llamar a otros compañeros.

Pero igual no me gusta.

\*\*\*

Desde pequeño, a pesar de que somos nueve hermanos, siempre fuimos muy distanciados. Entre nosotros y con mis papás. Realmente son muy pocas las cosas que recuerdo de mi infancia. En esa época las cosas con los papás no eran como son ahora, que hablan abiertamente de sexo, baile, discotecas, vicio y marihuana.

Uno no podía hablar de eso, era pecado. Los padres lo castigaban y le daban correa.

Pero una de las personas de las que más me apegué fue de mi abuela. Era la que me defendía cuando mi mamá me regañaba. Mantenía con ella después del colegio y la acompañaba a hacer la remesa. Un día que salí para la panadería me despedí de ella. Yo siempre le daba un besito en la boca. Le dije: "Chao, mamita, me vaya trabajar." "Chao, mijo, que le vaya bien". Me fui a vaguiar con unos amigos y nos quedamos en una esquina, jodiendo a las mujeres. Cuando llegué a la panadería a las ocho de la noche, salió mi patrón y me dijo: "Marco, devuélvase para su casa que se murió su abuela". Cuando llegué mis papás estaban llorando, vi el ataúd y no lo podía creer. Es una de las cosas que más recuerdo de mi infancia.

Con el paso del tiempo las cosas fueron cambiando un poco. Hoy día hay más unión familiar y tengo más confianza con mi papá. Nos sentamos a tomarnos unas cervezas y a charlar del trabajo, de mujeres

res y de la vida. La familia se reúne para las fechas especiales, los días de la madre, los fines de año y los cumpleaños.

Este año tenemos planeado ir a Ginebra, a baño y a preparar sancocho para el almuerzo.

\*\*\*

La historia más linda de mi vida fue cuando conocí a mi mujer. Ella vendía chance en el barrio Mariano Ramos. Yo pasaba por ahí, le pitaba, le picaba el ojo, la jodía y la molestaba. Ella me gustaba porque era una mujer muy linda y hermosa, pelo crespito, bonita, tenía unas piernotas y mantenía con unas minifaldas todas provocadoras.

Cuando pasaba por ahí me bajaba a hacer el chanco. A veces ella se subía al carro y nos agarrábamos a charlar y la invitaba a salir. Me decía que sí, y me colocaba horas, pero no iba. Me dejó embaldado como unas seis veces, y yo seguía insistiendo. El problema era que ella tenía marido, y debido a eso era que no podía ir. Tenía ciertas horas de salir y volver a la casa. Hasta que una vez no aguanté más y me fui para donde ella. Llegué tornado y le dije que era una embaldadora y que me había dejado esperando muchas veces. Me dijo: "Listo, mañana voy".

Al otro día llegó, y yo feliz con esa mujerzota. Estuvimos charlando; me dijo que yo le caía bien, me habló de mi interés por ella y de todo el tiempo que había pasado desde que nos vimos por primera vez. Le dije que me diera un beso y me lo dio. Seguí visitándola con más confianza. Los días sábados nos íbamos a bailar. Era lo que más le gustaba, y así duramos como un año y medio.

El día que me iba a presentar a la mamá y a la abuela, yo estaba asustado. Me daba pena y vaina, pues ella aún vivía con el marido, y la mamá sabía, pero le alcaheteaba. Era muy chévere con ella porque ese man le daba mala vida, le pegaba, la maltrataba, le quitaba el sueldo, le decía a qué horas tenía que llegar a la casa y no la dejaba tener amigos. Ese man era una porquería, un hijueputa. Ella tenía una casa en Mojica y debido a un problema que tuvo, él vendió la casa y se quedaron en la calle.

Lo más chistoso del caso es que ese man era primo mío, pero en ese entonces no sabíamos.

Eso fue tiempo después, en un entierro de un familiar que nos conocimos.

El marido se dio cuenta que yo la llamaba, que me llamaba Marco, que manejaba y, muchas veces, se aparecía donde ella trabajaba, sólo para vigilarla. Y como yo sabía quién era él no arrimaba, o si arrimaba, hacía mi chance y me iba.

Lo que me fascinaba de Sandra era que me regalaba muchas credenciales y papelitos, con mensajes que ella misma escribía. Yo le regalaba flores, manteníamos en todas partes, íbamos a Buga, Pance, al parque de la Caña, a Los Arrayanes, salíamos a bailar, a comer y la pasábamos muy elegante.

Ella se separó del marido porque ya no aguantaba más y se fue a vivir donde la mamá. Yo, más recatado, iba allá, a veces a almorzar y me quedaba mis dos o tres horas, y así me fui metiendo poco a poco hasta que nos fuimos a vivir juntos. Teníamos todo, como una pareja normal: el mueble, la cama, el armario, todo. Nos llamábamos cariñosamente Bebé y Mona. Fue una relación vacana, muy elegante, ella me confiaba todo.

Sandra era una mujer humilde, fiel, veía por mis ojos. Una vez pelió con la mamá por culpa mía. Yo fui una porquería, porque hacía cosas como cualquier hombre, teniendo a otra pelada por ahí. Un día me encontró una foto en el carro, la arrancó y no le dijo a nadie. Pero el hermano sí me pilló con la pelada en la calle y le contó a mi suegra y ella le contó a Sandra, pero ella no creía. Yo le dije: "Mami, eso es mentira".

Muchas veces, viviendo donde la mamá, ella me tiraba sátiras y la Mona me defendía.

Yo era todo para ella y ella para mí.

\*\*\*

Llevaba como un mes sin trabajar y no me definían nada del taxi de una señora que necesitaba chofer. Llamé a Fabio y le dije que me diera trabajo. Me dijo: "Listo, le doy trabajo pero solamente los fines de semana, porque en los días de la semana voy a trabajar yo". Llegué contento a mi casa porque ya tenía trabajo y comenzaba al otro día, el sábado.

Esa noche nos acostamos, pero ella no podía dormir porque estaba asustada, decía que tenía mucho miedo. Yo le decía que me dejara dormir, que tenía que madrugar a trabajar. Igual me levanté a orar con ella para que estuviera tranquila y, sin embargo, siguió con lo mismo. Comenzó a joderme las uñas, me las pintó por distraerse, para matar el tiempo. Se quedó como hasta las dos de la mañana y a las tres me llamó. Mientras me bañaba y me vestía ella se quedó dormida, le di un beso y salí. Ese día me fue bien, gracias a Dios. Llegué a la casa y le dije: "Mami, alístese que nos vamos almorzar". Fuimos a la 44. Ella nunca se comía todo, siempre se comía la mitad y yo la otra. Resulta que no tenía muchas ganas de comer y solo me comí la mitad del seco y ella se tomó la sopa, la mitad del seco y el jugo. Me quedé aterrado porque nunca comía así. Igual no le puse mucho cuidado, di la vuelta y la llevé a la casa. Cuando llegamos me dio un beso como nunca me lo había dado, también me pareció extraño pero igual no le paré bolas y salí a trabajar.

La señora del taxi llamó a Sandra y le dijo que me alistara para esa noche. Yo dije: "listo, hasta hoy trabajo con Fabio". Fui, le entregué el carro y le di las gracias por todo. Ese día como me había ido muy bien decidí irme en taxi. Cuando llegué me estaba esperando un man en un Sprint. Sandra me dijo que el man hacía rato me estaba esperando, y le dije que no había problema, que ya nos íbamos. Antes de salir me dijo: "¿No me va a dar plata?". Le pasé un billete de veinte lucas y me dio otro beso. Salí como si nada, llevaba como una hora trabajando y ya eran como las cinco de la tarde, tenía pereza y hasta había pensado irme para la casa a dormir un rato y salir más tarde, pero seguí mi camino.

A las siete de la noche pasé por el hospital Carlos Holmes Trujillo; estaba el carro del CTI y un poco de gente reunida. Dije dentro de mí: "Otro muerto, ¿quién será?". Y seguí trabajando. Esa noche, en las Torres de Maracaibo me encontré una muchacha bonita, me agarré a charlar con ella y a molestarla. Me dijo que la llamara y así quedamos. Cuando nos despedimos faltaban veinte para la una, y ya quería irme para la casa. Pensaba recoger a la Mona para que me acompañara a comer y hacer lavar el carro para entregarlo. Estaba muy cansado.

Cuando llegué vi un poco de gente y dije dentro de mí: "¡Ah!... jueputa, yo trabajando como un marica y la Monita bailando! Quién sabe qué estarían haciendo ahí en la casa. Fueron saliendo todos,

una cantidad de gente que ni conocía. Iban saliendo amigos de los muchachos, amigos de ella, salió un amigo mío, salió la hermana de ella y yo no veía a mi Mona. La hermana me abrazó llorando y me dijo que Sandra había muerto. Eso fue horrible, no creía, comencé a temblar. Necesitaba verla, pensaba que estaba escondida, pero me dijeron que se la habían llevado para el Departamental. Como era sábado, no había la posibilidad que la entregaran ese día, tal vez el domingo, pero necesitaba verla.

No dormimos ese día, nos quedamos charlando en la casa. Pregunté cómo había sido, y me contaron que un amigo de ella había llevado un revólver a la casa. El no sabía que estaba cargado, le apuntó a la cabeza y disparó. Ella cayó de rodillas y quedó inclinada. Los muchachos cogieron al pelado, le dieron puño y pata y, al momento de ir a buscar ayuda, el muchacho se escapó con el revólver. Uno de ellos la levantó y botaba sangre por la boca. De ahí se la llevaron para el Carlos Holmes Trujillo y la remitieron al Departamental, donde murió. Pregunté a qué horas había sido todo y me dijeron que a las siete, la misma hora cuando pasé por el hospital.

El domingo llegó la mamá de Bogotá, fuimos a recogerla al Terminal. Ella lloraba, no creía, porque la Mona le había prometido que ese fin de año iba a ir a visitarla. Hicimos todas las vueltas, compramos el cajón, le compré un manto blanco que me costó cincuenta mil. Tuve el apoyo de mi familia, gracias a Dios. Entonces, me fui al Departamental, a recogerla. Me dejaron entrar a la morgue, y ahí vi cómo la preparaban y la cosían. Ayudé a vestirla y a organizarla. Le di un beso y la metimos en el cajón.

La velamos en la casa de un hermano. Toda la familia aportó para la comida, otro hermano prestó los buses. Y el lunes la enterramos.

Ahora estoy dedicado a trabajar porque quiero comprarme una moto. Los días que tengo libres, por la mañana voy a visitarla. Me quedo dos o tres horas, y en las noches voy a tomarme unas cervezas, solo porque ella no está.